



LIBROS

Lain Entralgo Pedro.—“España como problema”. 168 págs.—Madrid, 1949 (Seminario de Problemas Hispanoamericanos).

Es difícil ponderar y aun decir qué caudal de espíritu contiene este librito —su edición es en formato pequeño— que mantiene el espíritu en una suave tensión desde el “Origen y planteamiento del problema” hasta “El monólogo bajo las estrellas”. Colocado fielmente desde el punto de vista intelectual, —resístase a la tendencia de identificar aquí “intelectual” con filosófico— nos lleva Lain a admitir, con admisión no exenta de relucencia, síntesis de nombres como los siguientes, precediéndola Menéndez y Pelayo: “Cajal, Menéndez Pidal... Ortega, d’Ors, Morente... Américo Castro; Unamuno, Azorín, Valle-Inclán... Benavente, Maeztu; Zuloaga, Solano, Picasso”; y tras el eslabón de unos cuantos lustros: “Xavier Zubiri, Dámaso Alonso, José Gaos, Emilio G. Gómez... Bastera, Salinas, Pemán... Gerardo Diego, Alexandre, Cernuda”, incluyamos en la lista, completándosela, al propio Lain. Serie tan heterogénea de hombres de tan diversa vida, ideología y credo, se engarza en el hilo de oro de haber sido conscientes del “problema” y haber intentado su solución. Más violencia siente nuestro espíritu al ver el intento de ejemplarizar la apreciación “del problema” en la “peripecia intelectual” (cap. III todo) de un hombre como D. José Ortega y Gasset, que echó por la borda al principio “de su navegación” su fe cristiana, esencial elemento en el “problema de España”. ¿Se justifica plenamente esta actitud con el reconocimiento de la eminente posición de Ortega y Gasset entre los pensadores del mundo entero, en su original visión sobre la Historia de España y con la apropiación del dicho de S. Justino: “Cuántas cosas han sido dichas con acierto, nos pertenecen a nosotros los cristianos”?

Considerando la historia de España integralmente, en su grandeza de otrora y la decadencia de sus últimos siglos, “su

problema” se concreta en preguntarse qué ha de hacer España, —nominalmente los españoles, allí comprendidos también los hispanoamericanos— para ser fiel a su verdadera historia en el angustioso momento presente. Como España es una parte de Europa —prosigue el pensamiento de Lain— “su problema” es parte del de ésta. Definiéndose Europa “en una misión creadora y ofertiva” (pág. 161), concluye nuestro pensador, el destino de “España como problema” —la solución de ese problema— está, preferentemente, en el plasmamiento de ese ofertorio de Europa de cuanto hay de verdadero valor en el universo a Dios.

Léanse con reposo los 7 puntos en que Lain resume la legítima postura de un hispano ante el momento actual y el originalísimo enfoque de la “misión” de Europa (págs. 146 a 162) y se sentirá la sensación de estar en contacto con una mente poderosa de las más capaces que hoy día bucean en el difícil pensamiento moderno. Grande es la satisfacción de ver pensar en castellano y llegar a conclusiones profundamente cristianas y constructivas a una mente capaz de parangonarse, aun con ventaja, con otras como la de Sartre y Heidegger que, faltas del apoyo cristiano, se hunden a sí y a sus correligionarios en conclusiones destructoras. G.O.S.J.

C. Hoornaert—El Leproso Voluntario.—142 págs.— Edit. Difusión.—Buenos Aires.

Este puñadito de páginas, con grandes espacios en blanco, se lee de un tirón, en una hora, como quien dice, arrimado a la ventana. El P. Hoornaert —célebre pintor de almas— nos deja en esas pocas páginas, en un estilo sobrio, la pintura de la grande alma de Jose Venzter, comunmente el P. Damian. Al final de la lectura, queda el alma no sólo llena de admiración, sino confortada con el ejemplo de la fortaleza heroica y animada por el sublime valor del sacrificio cristiano. G. O. S.J.

Icaza Tijerino Julio.—“Sociología de la Política hispanoamericana”, 344 págs. (Seminario de problemas hispanoam.) Madrid, 1950.

Sin pretenderlo, es esta obra una valiosa aportación a la tantas veces maltrecha y desfigurada —no siempre con buenas intenciones— filosofía de nuestra historia de Hispanoamérica.

“Las bases étnicas” —su primera parte— constituyen el más acertado y mejor orientado estudio que conocemos sobre la índole, capacidad y valor cultural del hombre hispanoamericano. El análisis de “El mestizo”, nos parece el más valioso. Desde esta “base” le es fácil enjuiciar a Icaza Tijerino nuestra realidad histórica como la más tremenda “anarquía política” que registra la historia. Por esta razón el capítulo “Anarquía y dictadura” resulta una crítica despiadada e inmisericorde del estado de desquiciamiento a que han conducido los “ideólogos” casi sin excepción de tipo liberal-masónico a nuestras débiles democracias: el más crudo desconocimiento voluntario o inconsciente de nuestras raíces étnicas, políticas, religiosas y culturales han llevado a estos “ideólogos” a la incalificable lucha por adaptar la realidad a los principios. El resultado ha sido cien años de anarquías y dictaduras en desconcertante alternativa. Así justamente concluye el autor: “...las doctrinas disolventes que emborrachaban las débiles mentalidades de unos cuantos ilusos, fatuos y exaltados, ciegos y ambiciosos... impondrían sobre la natural desorienta-

ción de pueblos inexpertos recién nacidos a la historia y que albergaban en su seno esfuerzos elementales fáciles a la explosión desordenada, la más cruenta y brutal de las anarquías y la más prolongada que registra la historia de las naciones”. pág. 162. Este capítulo lo fijaríamos íntegro a la puerta de nuestros Congresos y Asambleas.

Uno de los elementos constitutivos de nuestros pueblos contra quien más se ha ensañado esa furia reformadora, no retrocediendo ni aun ante la traición de lesa patria con el fin de destruirlo, es la Iglesia Católica. Esta es la inducción histórica fácil que asienta así Icaza a propósito de la “Revolución Mejicana”: “Las llamadas leyes de la Reforma eran la realización del plan masónico (de las logias de New Orleans) de despojo y persecución de la Iglesia. Por ellos se desconoció la personalidad jurídica de la Iglesia y se le arrebató todos sus bienes...”.

Los capítulos VI y VII muestran los ejemplos paradigmáticos de esa anarquía en Méjico y C. América, y el VIII, por lo contrario, el de casi cien años de orden y prosperidad de Chile, en donde Portales supo adaptar la política al momento histórico chileno.

No suscribimos todos los juicios del autor, ni cuando enjuicia el catolicismo de Hispanoamérica (p. 322), ni la actuación de la jerarquía mejicana delante de la Revolución, ni ciertas atenuaciones del concubinato en los primeros años de la colonización española.

Esto no amengua nuestro más completo elogio de esta interesantísima obra que ojalá alcance un gran número de lectores hispanoamericanos. G.O.S.J.

